JOSÉ G. DE UBIETA

NOCTURNO DE HOY

y otros poemas

Prólogo de A. González Blanco

MADRID
Editorial de Poetas Modernos
1923

JT
COM

+.1134038
c.

JOSE G. DE UBIETA

Nocturno de hoy

y otros poemas

Prólogo de A. González Blanco

MADRID
Editorial de Poetas Modernos
1923

Es propiedad del autor.

MADRID
Imprenta Pablo Hernández
Calvario, núm. 5

PRÓLOGO

PRÓLOGO

PROLOGO

No todos los días son de fiesta para la poesía, ni se logra a cada momento columbrar un alto y verdadero poeta en cada versificador que sale por ahí, columpiando su nombre en un volumen de canciones líricas, de elegías o de madrigales... Versificadores más o menos hábiles, expertos del oficio poético, de lo que la poesía tiene de *métier*, de *craftmanship*, abundan bastante; pero un poeta genuino en el más noble sentido de la palabra, es más difícil de encontrar. El mecanismo de la lírica, la técnica, se aprende con la misma facilidad quizá que puede aprenderse el oficio de la relojería... Lo que ya resulta empresa más ardua es aliar a un pleno dominio de la técnica una viva sensibilidad, una visión poética del mundo. Cuando estos tres dones se alían en una personalidad, surge el poeta.

Entre los jóvenes de hoy, el poeta abunda menos que abundaba en nuestra generación. Hoy la novela es el género de moda, y a él rinden tributo casi todos los principiantes. Hoy los escritores se destetan con la novela, como antes se destetaban con la lírica.

Les han enseñado que los editores sólo aceptan novelas, novelitas a granel, cuanto más pornográficas mejor, y se aficionan a ese género de prosa fácil, de más positivo rendimiento.

Como ejemplo específico, ahí tenemos el caso de Andrés Guilmain, puro y delicado poeta, que con la poesía se inició en las letras, perdido ahora en una selva negra de narraciones escabrosas, ya originales, ya arregladas o traducidas. Es un caso triste y penoso de abandono de la poesía.

Mas algunos se conservan fieles al culto de la lírica, y no abandonan el ara de Apolo. Entre los jóvenes poetas de hoy, sobresale brillantísimamente González de Ubieta, médico que, como Felipe Trigo y Pío Baroja, parece preferir el arte literario, a lo que antaño se llamaba Arte de Esculapio, en la actualidad ciencia rigurosísima y asperísima de cultivar.

Nacido en la vieja tierra leonesa, puntal de la raza, corazón de la nacionalidad, González de Ubieta co-

noce todos los secretos del lenguaje castellano, y su dominio del léxico le capacita para altas empresas poéticas. A veces, como en *Cabaret en Madrid*, se complace deliberadamente en taracear e incrustar palabras extranjeras, para darnos una más plena sensación de exotismo... Pero no os asustéis: resuelto su esfuerzo poético, González de Ubieta vuelve a ser el poeta de la inspiración castellana en *La Catedral bajo la luna*, evocadora de la prodigiosa Catedral de León.

Entre las variedades poéticas—elegías e idilios, madrigales y medallones parnasianos—, descuellan algunos sonetos perfectos. Tal el *Medallón* a *Juan de Alvear*, digno de un gran parnasiano francés, o el soneto *A Lina*, que no se hubiera desdeñado de firmar cualquier poeta de nuestro gran renacimiento modernista. El *Nocturno de hoy* es otro prodigio de colorido y de ejecución, donde vemos dibujarse y resplandecer las figuras estilizadas de los trasnochadores interesantes; Pierrot de frac, el viejo alegre y cínico,

un viejo alegre y cínico de elegancia impecable
con aire de marqués, burlón y generoso,

y el poeta, predominando sobre todos,

envuelto en la neblina de un cigarrillo turco

Este *Nocturno de hoy* es una de las composiciones más acabadas de este libro. En ella están aquilatados y depurados todos los valores capitales de la lírica moderna; la ejecución suelta, el metro ágil, la rima rica...

Mis preferencias particulares van hacia ella, como van hacia *Cabaret en Madrid* y hacia otro espléndido soneto, acabado y magnífico de forma, en que este lírico sutil rechaza y repudia el tipo antiguo del poeta melenudo y bohemio, con chambergo y pipa, y se atiene al nuevo tipo del poeta moderno, *señorial y mundano*,

con la noble prestancia de un marqués italiano
ducho en empeños líricos y en empresas galantes.

También este concepto del poeta, que se ajusta exactamente a la realidad, queriendo desprenderse de todo hálito de romanticismo, es, a su modo, romántico... Porque este concepto es genuinamente *byroniano*; de aquel excelso Lord poeta que quiso imprimir en la posteridad su sello de gran poeta y gran señor, y que tuvo tantos imitadores en el siglo pasado. Aquel excéntrico Lord que quería inspirar gravemente la simpatía (como decía el puritano Walter Scott) hacia el tedio suscitado por sus commilito-

nes y sus amantes de ocasión: *for the ennui arising from being tired of his wassailers and his paramours...*

Podríamos señalar varias composiciones de González de Ubieta, que indican este conato de un acentuado *byronismo...* A más del soneto *Retrato de poeta*, ya citado, mencionaremos como composición impregnada de este *byronismo* remozado con elementos de ahora, la también citada, titulada *Cabaret en Madrid*

«Quand Salomé sans voiles... Los extraños compases de la canción de fuera, se inician lentamente...

Pero, igualmente, tiene poemas objetivos de amplia visión del mundo exterior, versos maravillosos a la manera de Manuel Reina o de Salvador Díaz Mirón, como el soneto espléndido, dedicado a *Juan de Alvear*, del que hemos hablado.

Como poema de amplia visión y alto vuelo, de metro suntuoso y rico, citemos *Carlos V*, escrito en el ropaje excelso del hexámetro, tan poco cultivado en nuestra poesía.

Un rojo sol en los épicos bronces su púrpura irisa.
Tiembla en los cascos y arranca a los petos fulgores de llama.
Los paladines—soberbia y valor la arrogante divisa—,
van a morir por la fe de su Rey y el color de su dama.

El poeta que sabe manejar este metro fastuoso, de música polifónica, es un experto conocedor de los recursos de la técnica.

Sueño imperial, insensata ambición. Corazones bravíos que arden en ansias de triunfo y en fiebres dementes de guerra. —Toda Castilla es un páramo inmenso de llanos baldíos. Toda Castilla se envuelve en un pardo sudario de tierra.

En este género de poesía parnasiana, tiene el poeta composiciones verdaderamente soberbias. Señalemos —otra vez—*La Catedral bajo la luna*, llena de sugestiones románticas, y *Los Centauros del Palimpsesto*, admirable paráfrasis de Rubén Darío.

Ha llegado un nuevo y fragante poeta del corazón de Castilla.

Andrés González Blanco.

PERFIL DEL POETA

PERFIL DEL POETA

Perfil del poeta

Bajo la rudeza, fingida,
de los modos, un raro contraste se advierte:
es un estoico que goza la vida
y un epicúreo que no teme a la muerte.

Paradójicamente inquieta,
vibra su sensibilidad.
Une al recio torso del atleta
la fina espiritualidad.

Abraza el gusto aristocrático
con la fe revolucionaria,
a la vez escéptico y fanático.
Así es su alma: extraordinaria.

Ama lo externo y la emoción.
Odia la guerra, y se hizo soldado.
Es su eterna contradicción
lo mismo que el volcán nevado.

Todo el hielo de la cobertura
no apaga la lumbre que encierra...
Su verso derrama la palabra, pura,
como un gran fuego, por la tierra.

LUIS INGLOTT

NOCTURNO DE HOY

y otros poemas

NOCTURNO DE HOY

y otros poemas

Nocturno de hoy

Es más de media noche. El *cabaret* galante
resplandece de luz. Ha callado la orquesta.
En las copas de fino *baccará*, desbordante,
hierve el *champagne* de oro con un ritmo de fiesta.

Pierrot, está de frac. Un ajenjo, ante él lanza
como un embrujamiento su lumbrarada hipnótica;
Colombine, a su lado, reposa de la danza
y silba un estribillo de una canción exótica.

Un viejo alegre y cínico, de elegancia impecable,
con aire de marqués, burlón y generoso,
escuchando a Mimí, sonríe imperturbable
y le dice una flor en un francés dudoso.

Más allá, displicente, un *dandy* perfumado,
incansable *poseur*, enfermo de *snobismo*,
a través del *monocle*, finge un gesto cansado
en el que ha puesto todo su aristocraticismo.

Entra una *cocotte* gruesa, enjoyada y marchita,
que en vano al *maquillage* pidió nueva frescura;
en un rincón se aburre la dulce Margarita,
que con un *nouveau-riche* intenta una aventura.

Y borracho de tedio, en la mano la frente
donde no hubo dolor que no cavara un surco,
el poeta bosteza indiferentemente,
envuelto en la neblina de un cigarrillo turco.

PARQUE

El parque antiguo tiene en esta noche ingenua
un encanto pueril de viñeta romántica.
—¡Oh, hechizo de este parque, en la noche de Mayo
aromada de lirios y de magnolias blancas!—

El lago azul parece hoy más azul que nunca
bajo la luna nueva, que se mira en sus aguas,
y platea en las tristes alamedas sin nadie
y tiembla en las dormidas florestas de esmeralda.

No sé que sugestión se nos entra muy honda.
El corazón se llena de las dulces nostalgias
de ayer.—¿No habéis oído errar en el silencio
una música amiga de gráciles pavanas?

A LINA

Hay en tus ojos claros la limpidez serena,
el misterio insondable, los pálidos reflejos
de los lagos que duermen bajo la luna llena,
en la sombra de olvido de los jardines viejos.

El enigma de tu alma se asoma a tus pupilas
que arden en un extraño, turbador hieratismo;
tiembla un embrujamiento fatal en las tranquilas
aguas alucinantes de tus ojos de abismo.

Tu cabellera, rubia como la miés temprana,
ciñe el mármol antiguo de tu frente pagana,
hecha de ámbar de rosas y de nieve de nardo.

Y florece en tus labios de seda, la sonrisa
que en aquel inquietante rostro de Monna Lisa
eternizó el divino pincel de Leonardo.

PUERTO

En la bahía gris, alza su inmensa mole
el «Luxemburg», el barco que llegó esta mañana.
—Matrícula de Hamburgo, cargamento de hierro,
siete millas por hora, once mil toneladas—.

El capitán, von Müller, es un viejo fornido
de ojos pequeños, claros, y de patillas canas.
Conoce como nadie su oficio. De él me cuentan
estas gentes del puerto las más bravas hazañas.

Hoy le he visto, cruzando por el muelle. Tenía un gesto de inquietud; al andar, arqueaba las piernas.

—Como un lobo de mar que se respeta, fumaba gravemente su gran pipa de «Capstan».

La Catedral bajo la luna

Como en un aguafuerte, se levanta el prodigio
de las góticas torres. Cuaja la luna llena
su claridad de ensueño sobre el grave prestigio
de los muros arcaicos, en la noche serena.

La lumbrarada mágica de los cielos, se irisa
con fulgores de mármol en las piedras gloriosas;
en la quietud nocturna, ha plegado la brisa,
leve pájaro herido, las alas temblorosas.

Desde la comba azul, la luna grande arranca
a cada ventanal un extraño reflejo...
Las piedras seculares, bajo la luna blanca,
han nevado su prócer pátina de oro viejo.

Hay un silencio hondo, un silencio infinito
que la alta hora unge de una emoción augusta.
—La Catedral, bañada de luz, es como un grito
en la desolación de la ciudad vetusta.

Ha caído un lucero. Yerra en el agua muerta
de la noche, un doliente tañido de campanas.
Y se aspira en la paz de la plaza desierta
un aroma marchito de leyendas lejanas.

A Flandes en guerra

1914

¡Tierras de Flandes que vísteis pasar los cortejos
[de los archiduques,
tierras gloriosas!
¡Lille, Valenciennes, ciudades seculares
que lloráis con el llanto de vuestras brumas
una opresión brutal, yo os saludo!

Yo os saludo, viejas ciudades que fuistéis holladas
cuando dormíais en un sueño de paz, sintiendo acaso

en vuestro corazón, como una llama violenta,
la nostalgia de las suntuosidades antiguas; evocando
el resplandor de aquellos días radiantes
en que florecieron las hazañas de los capitanes he-
[roicos
y el arte de Rubens y los ritmos de Vondel.

Yo os saludo, tierras de Flandes,
ciudades nobles que aún guardáis el amoroso re-
[cuerdo
de Isabel, la «bonne princesse».
Yo os saludo, ciudades que mantuvistéis siempre
[enteras,
frente a todo poder,
vuestras libertades civiles...

¡Yo os saludo, tierras de Flandes que tenéis algo
[nuestro,
algo de nuestra raza y de nuestra alma,
desde que los caudillos de antaño
llevaron a vosotras, bajo los pliegues de sus estan-
[dartes
y en el acero de sus espadas victoriosas
el encendido sol de Castilla!

GEMAS

En el jardín de ensueño,
al despuntar del alba,
la gota de rocío
sobre la rosa blanca.

En la paz del ocaso,
misteriosa y lejana,
sobre la cumbre azul
la estrellita de plata.

Y temblando en los ojos
serenos de la Amada,
como un claro diamante,
el cristal de una lágrima.

Los centauros de "Palimpsesto"

No son estos centauros los centauros homéricos,
los ásperos centauros, pensativos y graves,
que en las nobles metopas de Olimpia y en los frisos
del Partenón de Atenas nos legaran su imagen.

No son éstos los monstruos biformes que cantaron
sus hondas inquietudes en un docto lenguaje,
y a cuyo nacimiento desdeñaron las Gracias
asistir, según cuentan infolios venerables.

Las Gracias amarían a estos centauros nuevos,
descendientes de Ixión, traviesos y joviales,
que, bajo el sol de oro, bulliciosos retozan
en las praderas claras, húmedas y fragantes.

Estos monstruos intrépidos, de nerviosa arro-
[gancia,
en cuyas duras venas la sangre joven arde,
persiguen a las ninfas por las riberas verdes
y danzan y se embriagan en las fiestas galantes.

No hay en ellos, acaso, la majestad soberbia
ni la sabiduría de Quirón; si departen,
no ponen en sus diálogos la severa retórica
que adornaba el coloquio de Folo y de Caumantes.

Pero la vida estalla en sus pechos robustos,
las humanas pasiones palpitan en su carne,
y al azul se levantan polvaredas de música
cuando la tierra virgen hieren sus cascos ágiles.

SPLEEN

Ni una alegría nueva,
ni un dolor imprevisto.
Ir siempre, paso a paso,
por el mismo camino;

avanzar lentamente
por el tedio infinito
de las horas iguales,
siempre, siempre lo mismo.

Un día y otro día
por el mismo camino,
y siempre paso a paso,
entre brumas de hastío...

—¡Oh, podernos jugar
todo, a una sola carta del Destino!

Danzarina española

Danzaba, roja de crepúsculos,
imposible sacerdotisa
que sobre el ara se ofreciera
en un rito de maravilla.

Danzaba, roja de crepúsculos,
y era como una llama viva.

¡Oh, aquella danza embriagadora
hecha de angustia! ¡Oh, la encendida
fascinación de su mirada,
claros mares de sus pupilas,
centelleando en las tormentas
del Ensueño y de la Lascivia!

¡Finas serpientes de sus brazos,
noble gracia de las votivas
copas de los senos maduros;
serena y rotunda armonía
de las caderas, ensanchadas
como el gálibo de las liras!

Danzaba, roja de crepúsculos,
imposible sacerdotisa
que sobre el ara se ofreciera
en un rito de maravilla.

Temblaban en sus manos leves,
los crótalos de Andalucía.

Danzaba, roja de crepúsculos,
y era como una llama viva.

MEDALLÓN

Juan de Alvear

Un aire melancólico. Tras los grandes cristales
de las gafas de concha, la mirada que escruta.
Una mueca de *spleen* en los labios sensuales,
que gustaron con Eva la simbólica fruta.

La frente de romano y el corazón de griego.
Entre las negras cejas, fruncido el ceño duro
que medita o que añora. Y en el alma de fuego,
un amor y un dolor y un ensueño maduro.

Curvado en el misterio, interroga a la grave
Esfinge del Pasado. El conoce la clave
que descifra el enigma de los siglos remotos.

Busca raras exégesis en leyendas borrosas,
y ha aprendido la efímera condición de las cosas
en la tragedia inmensa de los ídolos rotos.

Cabaret en Madrid

«*Quand Salomé sans voiles*... Los extraños com-
[pases
de la canción de fuera, se inician lentamente.
Subraya el violoncello las encendidas frases,
que aroman con su vaga sugestión el ambiente.

Es un ritmo inquietante de ensueño y de lujuria;
hay brutales acordes y sutiles cadencias.
—En un *molto vivace*, se desata la furia
del *jazz-band* epiléptico en agrias estridencias.

Mil luces resplandecen. En el vértigo loco
de la danza, se ciñen los cuerpos, jadeantes...
La orquesta va apagando sus notas poco a poco,
y otra vez rompe en bárbaros rugidos delirantes.

Triunfa la abigarrada muchedumbre. En corteses
reverencias, el *maître* prodiga su figura.
Souteneurs y *cocottes*, mézclanse a los burgueses
que aún buscan el encanto gentil de la aventura.

Una peripatética bebe *whisky* y suspira
pensando en el ayer. Nostálgica, revive
viejas horas de gloria, y soñadora, mira
deshacerse en volutas el humo del *khedive*.

Y con un ademán descuidado y magnífico,
el buen *cabaretier* que París exportara,
apura el *cock-tail* nuevo en que un *barman* científico
estilizó las fórmulas de su química rara.

Patio en el Monasterio del Escorial

Hay una quietud honda, un silencio de olvido.
Crece entre los pilares de los muros la hiedra.
Está la fuente muda. El agua se ha dormido
bajo el cielo estrellado, en su taza de piedra.

El reloj da las doce... Un clamor lento y grave
llena el azul nocturno. La luna de oro, baña
el viejo patio en pálidos tonos de un malva suave,
y en las rotas vidrieras pone una lumbre extraña.

¡La luna sobre el patio!... En el claustro desierto,
la leve brisa gime con un rumor incierto,
como el eco lejano de una voz de otro mundo.

Por este claustro yerra en la noche silente,
el alma atormentada, tenebrosa y doliente,
del Rey Nuestro Señor Don Felipe Segundo.

Poema de guerra

I

La aurora despuntaba. Sobre un fondo cobalto,
sus áridos perfiles destacaban los cerros.
Un resplandor de rosa teñía suavemente
el horizonte pálido, en el mar—a lo lejos.

Rompiendo las malezas, húmedas del rocío,
alargaba sin fin sus vueltas el sendero,
por la vertiente abajo. Nuestras recias pisadas
sonaban secas, tristes, con un lúgubre eco.

Él, con la indiferencia del que lo perdió todo,
entre la doble fila de fusiles, sereno,
caminaba a la muerte, como un héroe clásico,
envuelto en el orgullo viril de su silencio.

II

Hicimos alto. En pie, erguido como un dios
en el umbral temible de lo desconocido,
nos miró, por vez última, sin rencor y sin pena,
con el desdén glacial de su mirar altivo.

Le vendaron los ojos. Ni un temblor en sus labios,
ni un estremecimiento de su corazón: lívido
de la luz de la aurora, pero impasible, fuerte
ante lo inevitable del adverso destino.

La espada trazó, rápida, la señal en el aire.
Como a un conjuro trágico, a su siniestro brillo,
la descarga se oyó. Y una bala—una sólo—
en su frente de nieve puso un rubí encendido.

SILENCIO

Boga la barca lentamente,
dócil al remo que la impulsa,
sobre el espejo de las aguas,
bajo la plata de la luna.

Como un puñal, rasga la proa,
del lago en calma la tersura;
deja una estela donde brillan
cristales mágicos de espuma.

En el silencio de la noche,
dormida en una paz augusta,
sólo el bichero melancólico
besando el agua azul, se escucha.

Boga la barca lentamente,
dócil al remo que la impulsa,
sobre el espejo de las aguas,
bajo la plata de la luna.

Cafés de barrio

¡Tristes cafés de antaño, cafés de barrio, viejos,
que os morís poco a poco—mudos evocadores
de las horas aquéllas que se fueron tan lejos—,
llorando la elegía de otros tiempos mejores!

No véis ya ojos de fiebre brillando a los reflejos
de los quinqués, ni hay cálidos encendidos rumores
en vosotros, ni copian vuestros turbios espejos
las siluetas románticas de los conspiradores.

¡Oh, cafés que vivísteis las jornadas inquietas
de fin de siglo, amables cafés de los poetas
y las mujeres pálidas, de marfileñas manos!

El viento de hoy, ahoga vuestro romanticismo.
—La ciudad se disfraza de un postizo exotismo
de *cabarets*, y absurdos bares americanos.

ACUARELA

Alborear alegre
de mañana de fiesta:
cielo azul, sol de oro,
olor de rosas nuevas.

Calles recién barridas,
risas que se despiertan.
Gentes endomingadas
de elegancias ingenuas.

Misa en la catedral.
Campanitas ligeras
en el cristal translúcido
de la mañana fresca.

Elegía de cristal

La muerte me quitó
lo que yo más amaba.
Era mi dicha única:
ya no me queda nada.

Se me fué para siempre
la dulce niña pálida,
de sonrisa piadosa
y pupilas doradas...

Se me fué para siempre...
—¡Oh, cómo sollozaba
mi corazón, más solo
que la estrella en el alba!

Retrato de poeta

Lorenzo Roldán

No es el poeta pálido del perfil aquilino,
de la chalina absurda y la absurda melena,
héroe pintoresco de una arbitraria escena
de Mürger, en París, en el Barrio Latino.

Este paciente orfebre de las rimas brillantes,
tiene el gesto magnífico, señorial y mundano,
y la noble prestancia de un marqués italiano
ducho en empeños líricos y en empresas galantes.

Intrépido jinete de la alada quimera,
en tanto el corazón—nunca saciado—espera,
bebe en labios de púrpura las más sabrosas mieles.

Y bajo el sol de fuego de su vieja Castilla,
hace brotar en nuevas rosas de maravilla
el rosal del divino Banville de los rondeles.

Alta noche

Se han dormido las horas
en el reloj de bronce. Como un fantasma, yerra
el alma del Pasado
por la casóna inmensa.

En la estancia olvidada,
en la paz de la noche, el corazón se llena
de nostalgia y de angustia...
—¡Oh las noches aquellas!...
¡Ilusiones de entonces,
alegrías de ayer, que ahora son penas!—

Hay una calma honda.
Un suave aroma llega
desde el jardín. El viento entre los álamos,
gime su eterna queja.

Elegía de la barca en la arena

¡Oh, pobre barca vieja, despintada y humilde,
que yaces quilla al sol en la desierta playa,
junto al bosque de pinos, llorando las saudades
de otros días más claros, pobre barca olvidada!

¡Oh, pobre barca vieja!... Nunca tus velas rotas
se hincharán ya de brisas, de gritos, de fragancias
marinas, como entonces, cuando en el agua azul
dejabas una estela de leve espuma blanca...

Pero en mi corazón de hombre de tierra adentro,
hoy te siento más mía que en aquellas lejanas
horas en que te vi bogar—¡oh barca vieja,
desmantelada y sola!—bajo una luz rosada.

SÁBADO

Ha cerrado la noche. Está en sombras la calle.
Cae la lluvia. En los sucios quicios hospitalarios,
mujeres desdentadas canturrean monótonas,
oliendo a pachulí y a corpiños sudados.

Se oye la pianola de algún cafetín. Cruza,
seguido por la turba infantil, un borracho
de este sábado triste, trazando en el arroyo
sus complicadas *eses*, grotescamente trágico.

A mi paso, una vieja con el cuello de escrófula
y una humilde y cascada voz de aguardiente malo,
me murmura no sé qué palabras confusas
y me lanza a los ojos un hedor de tabaco.

¡Oh, infinita tristeza...!

¡Oh, infinita tristeza
de vagar sin saber adónde vamos,
de arrastrarnos por todos los senderos,
de caminar sin rumbo y sin descanso!

¡Dolor de errar sobre la tierra estéril,
sin encontrar la mano
que nos brinde la copa cristalina
en que su sed apaguen nuestros labios!...

¿Qué negros infortunios nos esperan?
¿Qué serpientes acechan nuestro paso?
¿Qué heridas han de abrir en nuestra alma
los nuevos desengaños?

Y, ¿en qué trágica noche,
mientras barre la nieve el viento, aullando,
bajo qué pobre techo moriremos
en un rincón lejano?

La viajera desconocida

I

Jamás supe quien fuiste. Tu *yacht* arribó un día
a mi rincón de España, desde no sé que tierras.
Tú saltaste a la playa—el pie seguro y ágil—
con un leve frufrú de tu falda de seda.

Me atrajo tu aire ambiguo. Me cautivó el encanto,
frívolo y grave a un tiempo, de tu charla extranjera:
sobre un fondo de rosa y azul, se recortaba
la elástica finura de tu grácil silueta.

Jamás supe quien fuíste... —¿Por qué te encon-
[traría,
en el alba de rosa y azul, amiga intrépida
de las pupilas claras y del color de yodo,
que arribaste a mi tierra, desde no sé que tierras?

II

Aún lo recuerdo. Estábamos, solos, en la penumbra de aquel viejo jardín, dormido en la alta hora. —¡Oh, aquel viejo jardín, con su fuente de piedra, y sus bojes iguales, y su luna redonda!—

En un callado éxtasis, te contemplaba. Acaso leíste en mi semblante, en mi expresión absorta, la pasión imposible que yo hubiera querido esconder en el alma dolorida, muy honda.

Tus grandes ojos garzos me miraron entonces
con la mirada aquella, sorprendida y burlona,
y en tus pálidos labios se dibujó, un momento,
una dulce sonrisa, maternalmente irónica.

II

III

Las gaviotas, ligeras, bajo el zafir del cielo,
el cristal de la tarde cortaban con sus alas.
El sol, hacia el ocaso, iba poniendo rojos
jirones luminosos en las cimas lejanas.

De los campos en flor, nos llegaba un perfume
sutil de limoneros verdes. La mar, rizada
por la brisa del sur, se rompía en murmullos
besando suavemente la arena de la playa.

Las sirenas sonaron. El *yacht* blanco y pequeño,
empenachado de humo, recogió sus amarras...
y partió para siempre.
—Tú, desde la cubierta,
me decías adiós con tu mano enguantada.

Mañana de abril

Mañana del mes de abril—clara mañana abrileña,
mañanita luminosa—bajo el cielo de turquesa,
clara mañanita de oro—mañana clara y serena...
Huele a rosales floridos.—Sopla la brisa ligera,
y pone en las frondas húmedas—leves temblores
[de sedas.
Hoy, la brisa entre las frondas—tiene una música
[nueva.

Mañana del mes de abril—mañana de primavera,
mañanita luminosa—clara mañanita llena
de sol, de vida, de ensueños,—de aromas de rosas
[frescas,
y de risas infantiles—y de canciones ingenuas.
(¡Oh, canciones de los niños—amables canciones
[viejas
de ayer, de ahora, de siempre,—canciones que son
[eternas!...
¡Canciones de nuestra infancia—dulces canciones
[aquéllas!)

Mañana del mes de abril—mañana clara y serena.
Hay una calma de olvido—en la escondida glorieta.
La fuente está muda. El agua—duerme en la taza
[de piedra.
La mañanita de abril—se mira en el agua muerta.

Jardín de atardecer

Hoy, en el oro viejo del crepúsculo,
he tornado a perderme por los senderos largos
de aquel jardín abandonado y triste
donde soñamos tanto...

Y en el silencio, lleno
de aromas, del ocaso,
recordé aquellas horas, que huyeron para siempre,
de nuestro amor lejano.

Una infinita angustia
del corazón subía hasta mis labios;
en mis ojos brillaba temblorosa
una gota de llanto...

Todo estaba dormido en dulce calma,
al arrullo del viento entre los álamos...
—El alma del jardín, se estremecía
de dolor a mi paso.

OTOÑAL

Crepúsculo de otoño.
Caen las hojas doradas
al soplo de la brisa.
Un coro de campanas,

tiende sobre el silencio
de este jardín en calma
el vuelo misterioso
de su música maga.

El surtidor murmura
su doliente sonata,
vibrando en un penacho
de gotas que son lágrimas.

Muere el sol lentamente
tras la cumbre lejana.

En el azul del cielo
tiembla una estrella pálida.

Cada noche la luna...

Cada noche la luna
nos vestirá de ensueños.
Cada noche, la luna
tendrá un nuevo consuelo
para nuestro dolor.—La luna tiene
siempre para el que sufre, un limpio beso
de amor y de piedad, un beso casto
de blancura y silencio.

¿Qué importa que la aurora
nos robe la ilusión, que despertemos
otra vez, encontrando
una realidad más y una esperanza menos?
Cada noche, el rosal de nuestra alma
florecerá de nuevo.

Cada noche, la luna nos calmará esta angustia
del corazón enfermo...
Cada noche, la luna
nos vestirá de ensueños.

Tarde de vísperas

Campanas de las vísperas
—inefables campanas—,
en la paz de la humilde
plazuela provinciana.

Ha cesado la lluvia.
El leve viento, arrastra
por el azul del cielo
las grandes nubes blancas.

Se ha quedado la tarde,
otra vez, limpia y clara.
Vuelá un olor de rosas
y de tierra mojada.

VIÑETA

Bajo el hayedo en sombra, rendidas al halago
voluptuoso del viento, desmayaban las ninfas.
Ponía el sol su beso en el cristal del lago,
recamando de oro el azul de las linfas.

Luminoso y fragante, el prado de esmeralda
se enervaba en la cálida lujuria de la siesta;
Sirinx, la de ojos glaucos, tejía una guirnalda
con los capullos húmedos que cortó en la floresta.

A lo lejos, las flautas sonaban dulcemente
deshaciendo en la tarde sus notas melodiosas.
Un sopor pegajoso pesaba en la hora ardiente,
esmaltada de fuego y aromada de rosas.

Era todo quietud. Mas de pronto, el boscaje
de laurel agitóse. De entre la fronda espesa,
irrumpieron los faunos en un tropel salvaje.
Y las ninfas huyeron, trémulas de sorpresa.

Así empezó la caza. Siguió el combate rudo
mientras el sol lucía en la comba del cielo.
Cayó una ninfa débil bajo un fauno velludo,
y las patas de chivo no tocaron el suelo.

Carlos V.

Un rojo sol en los épicos bronces su púrpura irisa.
Tiembla en los cascos y arranca a los petos fulgores
[de llama.
Los paladines—soberbia y valor la arrogante di-
[visa—
van a morir por la fé de su rey y el color de su dama.

Parten sedientos de lucha en sus recios piafantes
[corceles
los capitanes cien veces cubiertos de sangre y de
[glorias,
a renovar la marchita frescura de antiguos laureles,
a conquistar el laurel inmortal de las nuevas victo-
[rias.

Flotan al viento en un vuelo solemne las viejas
[banderas.
Hay un chocar de arcabuces y escudos y picas y
[espadas.
Alzan el agrio metal de sus voces las trompas gue-
[rreras
sobre el rumor de los himnos que alientan las fuer-
[tes mesnadas.

Policromía en los ricos penachos de los paladines,
vibrar de espadas, brillar de los cascos que ciñen
[las frentes...
Ha sacudido el león orgulloso las ásperas crines,
apercibiendo a la nueva aventura las garras potentes.

Sueño imperial, insensata ambición. Corazones
[bravíos
que arden en ansias de triunfo y en fiebres demen-
[tes de guerra.
—Toda Castilla es un páramo inmenso de llanos
[baldíos.
Toda Castilla se envuelve en un pardo sudario de
[tierra.

. . . . . .

Como dos puñaladas, se hundieron en su pecho
el injusto reproche y el gesto desdeñoso.
Sobre la alfombra rosa, se cayó el libro malva
que hojeaban, distraídos, sus dedos temblorosos.

Pálida, sorprendida, me miró entonces, triste,
—enormemente abiertas las pupilas de oro—,
con un mirar muy dulce que no olvidaré nunca,
con aquél mirar claro, tan humilde y tan hondo.

Su dolor infinito no pudo hallar palabras...
La pena contenida estalló en un sollozo...
Yo comprendí la afrenta del gesto y del reproche,
y la besé, llorando, largamente en los ojos.

PAISAJE

El tren avanza, raudo, con un bárbaro estrépito,
por la desolación de la llanura ocre:
atrás fueron quedando—mariposas gigantes—
las nubecillas blancas del humo, en los alcores.

Campo y campo desierto. En una pesadilla
de tierras calcinadas, se aleja el horizonte.
Los charcos cenagosos de la lluvia reciente,
tienen reflejos tristes de espejos turbadores.

El cielo se ha quedado, como un esmalte, limpio;
más allá de las cumbres de nieve, el sol se esconde.
—El pastor de las églogas nos vé pasar, atónito,
temblorosas de espanto las pupilas enormes.

La copla en la noche

Se murió el sol poco a poco—tras de la cumbre
[remota.
Era en la cumbre nevada—una gran hoguera roja.
El sol se murió a lo lejos.—Fué poniendo, silenciosa,
la noche en el campo gris—leves girones de sombra.

La luna en el cielo azul—asomó su faz redonda;
iban saliendo una a una—las estrellas temblorosas.

Estaba el campo en silencio.—Había una paz tan
[honda,
que se pudiera auscultar—el corazón de las cosas.
El campo estaba dormido—en el lecho de la hora.
Entre los chopos, la brisa—dormía en las altas
[copas.

Como una piedra en el agua—cayó en la noche
[la copla.
«Tengo un hermano minero—que echa sangre por
[la boca»...
Así cantaba en la noche—una voz de pena rota.

¡Oh, angustia de aquella voz,—tristeza desgarra-
[dora
de aquella copla del llano!—¡Copla humilde y do-
[lorosa
en la noche de Castilla,—copla inesperada y sola!

Como una piedra en el agua—cayó en la noche
[la copla.
«Tengo un hermano minero—que echa sangre por
[la boca»...
Así cantaba en la noche—una voz de pena rota.

Nocturno de ayer

Suntuosidad exótica de tapices antiguos
en el salón. Los grandes candelabros, alumbran
la fiesta cortesana. Con un rumor de brisas,
vuelan de las gavotas las perfumadas músicas.

Damiselas alegres, con los ojos pintados,
y la sonrisa ingenua, y los labios de púrpura;
duques ceremoniosos y graves chambelanes
de casacas bordadas y empolvadas pelucas.

El abate galante de siempre, discretea
con la eterna marquesa frívola, en la penumbra
de la glorieta, en tanto que en el azul del cielo,
tras una nube blanca va a esconderse la luna.

Cafetín en el muelle

El cafetín del puerto. Dos candiles alumbran
con un resplandor débil. Hay un olor salado
de mar, y un rumor sordo de cien voces distintas,
y una atmósfera espesa de humo de mal tabaco.

Junto a un montón de redes sin secar, pensativo,
un viejo lobo fuma su pipa. Ante los vasos,
vacíos, de ginebra o de *whisky*, disputan
en su bárbaro inglés, marineros borrachos.

Se oye un rugir de olas en la bahía. El viento
atiranta las recias amarras de los barcos,
y en las callejas hoscas del barrio pobre, gime
con un aullido lúgubre, trágicamente largo.

BALADA

Tú vendrás al alzarse la brisa,
cuando muere la tarde dorada,
y en el pálido azul, lentamente,
se hunde el sol tras la cumbre lejana.

Tú vendrás en la paz del ocaso,
cuando tiende el ensueño sus alas,
y hay un vago rumor de canciones
y un remoto tañer de campanas

Tú vendrás, con tu blanco vestido,
deshojando una rosa muy blanca,
por el ancho camino de almendros,
a la orilla del lago de plata.

Tú vendrás en la paz del ocaso,
cuando tiende el ensueño sus alas.

Seguidilla en Londres

Las guitarras temblaron en cadencias sensuales.
Hubo un repicar fino de castañuelas claras,
y brotó, luminosa, en el ambiente exótico
del *cabaret*, la alegre seguidilla de España.

La gitana de bronce, danzó.—¡Grácil revuelo
de su falda con pintas!—Dos claveles sangraban
en sus crenchas oscuras. Eran sus ojos verdes,
llameantes de pasión, vívidas esmeraldas.

—¡Seguidilla andaluza en la noche de Londres,
seguidilla de fuego que sonaste en mi alma
con un cristal de risas de mujeres morenas
y un aroma de cármenes de la tierra lejana!

INDICE

ÍNDICE

INDICE

ÍNDICE

Páginas.

Prólogo por A. González Blanco. 7
Perfil del poeta. 15
Nocturno de hoy. 19
Parque. 21
A Lina. 23
Puerto. 25
La Catedral bajo la luna. 27
A Flandes en guerra. 29
Gemas. 31
Los centauros de «Palimpsesto». 33
Spleen. 35
Danzarina española. 37

Páginas.

Medallón. 39
Cabaret en Madrid. 41
Patio en el Monasterio del Escorial. 43
Poema de guerra. . . . . I. . . 45
II. . . 47
Silencio. 49
Cafés de barrio. 51
Acuarela. 53
Elegía de cristal. 55
Retrato de poeta. 57
Alta noche. 59
Elegía de la barca en la arena. 61
Sábado. 63
¡Oh, infinita tristeza...! 65
La viajera desconocida. . . . . I. . . 67
II. . . 69
III. . . 71

Páginas.

Mañana de abril. 73
Jardín de atardecer. 75
Otoñal. 77
Cada noche la luna... 79
Tarde de vísperas. 81
Viñeta. 83
Carlos V. 85
. 87
Paisaje. 89
La copla en la noche. 91
Nocturno de ayer. 93
Cafetín en el muelle. 95
Balada. 97
Seguidilla en Londres. 99

Páginas.

Mañana de abril. 73
Jardin de alcadecer. 75
Otoñal. 77
Cada noche la luna. 79
Tarde de vispera. 81
Viñeta. 83
Carlos V. 85
. 87
Paisaje. 89
La copla en la noche. 91
Nocturno de ayer. 93
Caleiin en el muelle. 95
Balada. 97
Seguidilla en Londres. 99

EX-LIBRIS
JOSÉ C. D. UBIETA

EX-LIBRIS
JOSÉ C. URIETA

Precio: 3,50 ptas.